

ÁLVARO GONZÁLEZ MARTÍNEZ

La voz de los desterrados

ÍNDICE

CONTEXTO HISTÓRICO Y HUMANO, II

PRÓLOGO, 13

- I Me queda la palabra, 21
- II Promesas y mentiras, 41
 - III Una madre, 51
 - IV Empezar de cero, 65
 - v Ausencia, 83
 - VI Lejana tierra mía, 93
- VII El molino ya no muele, 105
- VIII Otros cardan la lana, 123
- IX En tu mano está la tierra, labrador, 135
 - x Somos rescoldos, 145
- XI La obra interminable, 161
 - XII Éxodo rural, 183
- XIII Aún tengo la vida, 193
 - XIV El final, 205

EPÍLOGO, 223

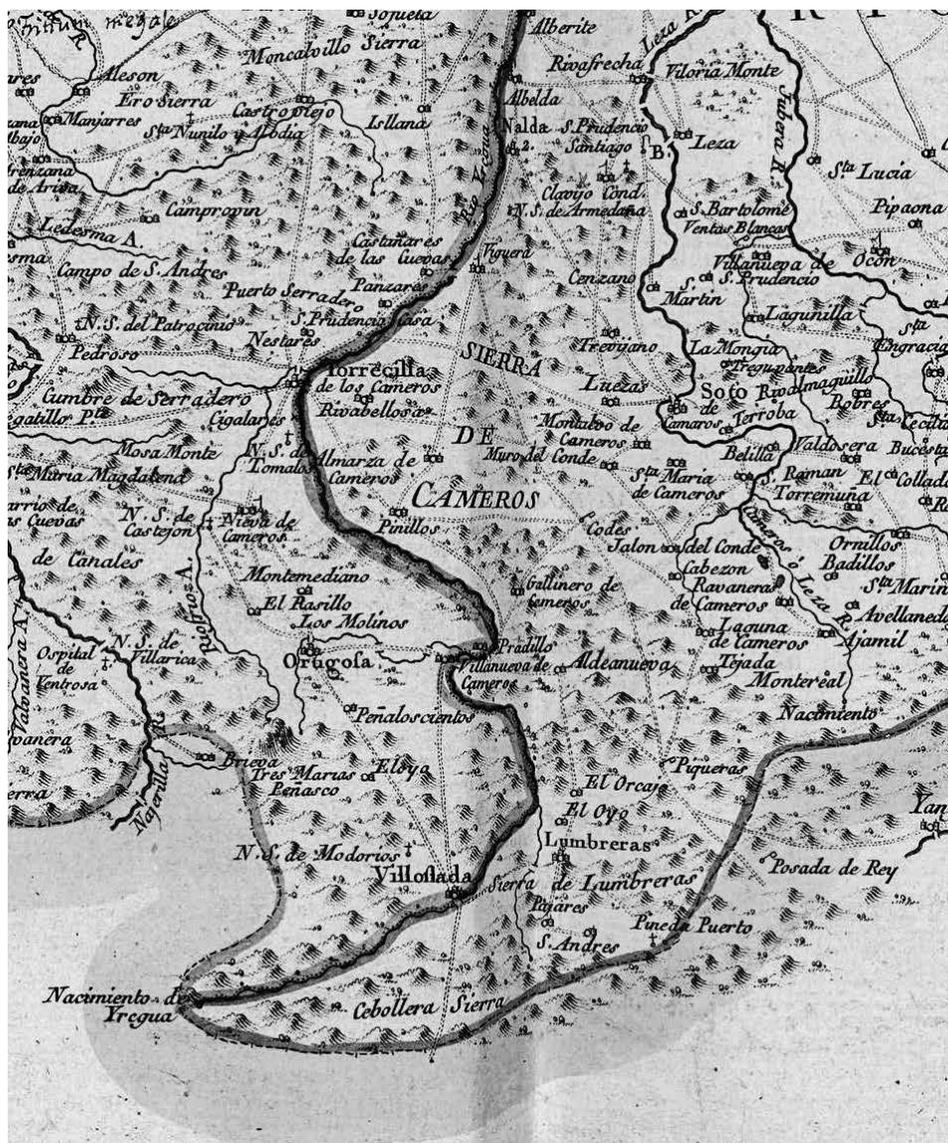
AGRADECIMIENTOS, 225

*A mis abuelos, Demetrio Martínez,
Isabel Sáenz-Diez, Natividad Malo y
Benjamín González, el Molinero.*





*Los Molinos de Ortigosa, en 1935.
Archivo Confederación Hidrográfica del Ebro 5771*



Sierra de Cameros en el Mapa de La Rioja de Tomás López. 1769.
 Biblioteca de la Real Academia de la Historia

CONTEXTO HISTÓRICO Y HUMANO

Más de quinientos pueblos y aldeas han sido sumergidos bajo los pantanos españoles. Algunos, como Vegamián, Mequinenza, Riaño o La Muedra, son más conocidos. La mayoría, en cambio, prácticamente se han olvidado. Como Los Molinos, aldea de la villa riojana de Ortigosa de Cameros.

Al igual que los demás pueblos de la sierra de Cameros, Ortigosa vivió su mayor esplendor entre los siglos XIII y XVIII de la mano del ganado trashumante y la industria textil, que convirtieron a esta región en una de las más ricas y desarrolladas de España. Cientos de miles de ovejas merinas recorrían sus pastos y los cameranos producían con su lana apreciadísimos paños y tejidos que, incluso, exportaban a otros países.

A lo largo del río Alberco se fueron instalando diversas maquinarias para aprovechar la fuerza de sus caudalosas aguas: lavaderos de lana, fábricas de curtidos y paños, batanes, serrerías y numerosos molinos harineros que dieron nombre a la aldea que se fue formando junto al río. Llegaron a habitarla más de cien personas; la mayoría, familias que vivían de su trabajo en estas industrias. A ellas se sumaban los muchos labradores que cultivaban los fecundos y feraces campos y huertas del entorno, valle privilegiado por su propicia orografía y por recibir el agua de varios arroyos.

Tras la Revolución Industrial del siglo XVIII, la imposible competencia con la moderna industria textil catalana provocó

PRÓLOGO

Que mi voz suba a los montes
y baje a la tierra y truene,
eso pide mi garganta
desde ahora y desde siempre.

MIGUEL HERNÁNDEZ,
Viento del pueblo

Los Molinos existe.

Desde que leí *La lluvia amarilla*, obra maestra de Julio Llamazares, deseaba comenzar así un libro. Y creo que no hay mejor forma de homenajear a esta pequeña aldea riojana, víctima silenciada de la construcción del pantano de Ortigosa hace ya noventa años.

Porque, como tantos cientos de pueblos y aldeas, Los Molinos fue sumergida bajo las aguas del río que hasta entonces había sido su principal fuente de vida y sus gentes obligadas a irse del lugar que acogía las raíces de su pasado, el pan de su presente y la esperanza de su futuro. Allí quedaron, intactas en un primer momento, las casas donde muchos nacieron. Las casas de sus padres, donde también tantos murieron, rodeados por su familia y sus vecinos. Los campos más fértiles, pajares, corrales y toda clase de edificios industriales, sostén de sus hijos en unos tiempos ingratos y tan duros como las piedras de los cuatro muros que, a falta de lujos, componían el más perfecto hogar. Su hogar.

—El pantano fue un chasco muy grande para todo el mundo porque echaron a perder el pueblo. Porque se llevaron las mejores tierras, se tuvieron que marchar las fábricas, se tuvo que marchar la gente...

La tragedia de los habitantes de Los Molinos nunca fue reconocida. Salvo contadas excepciones, nadie contó su pena ni agradeció su sacrificio para que otros pueblos gozasen de un regadío más rentable, unas industrias más ricas y un agua de boca más saludable.

Porque la gran obra que sepultó cientos de años de intrahistoria sencilla y esforzada nunca llevó su nombre —de hecho,

solo durante unos años se llamó pantano de Ortigosa, pues tras la prematura muerte del ingeniero que lo proyectó, José González Lacasa, las autoridades decidieron honrarle dando al embalse sus apellidos—. Los periódicos de la época ocultaron lo que estaba sucediendo, revistiéndolo, para mayor infamia, de fiesta y «entusiasmo indescriptible». En la propia sierra de Cameros, no digamos fuera de ella, poca gente sabe que allí existió un mundo desaparecido. Un mundo que ahogaron, en el agua y en el miedo, sin que pudiera defenderse. En un resignado y doloroso silencio.

—El abuelo nunca nos habló de cuando se fueron pero siempre lo decía: «Yo no soy de Ortigosa. Yo soy de Los Molinos».

¿Cómo entender, con nuestra mentalidad actual, tan fugaz y esclava de las modas, el inmenso desarraigo que provoca perder lo que para muchos era lo único seguro que habían conocido en sus vidas? Y, más aún, para quienes, dejando todo atrás, se echaron al camino o cruzaron los mares y, tantas veces, murieron sin volver a ver a sus padres y sus hermanos...

En cambio, es mucho más fácil entender esa visión utilitarista de lo urbano sobre el mundo rural, como mera fuente de recursos y bienestar, sin atender a los sentimientos de quienes en él viven. Es más fácil porque ha cambiado poco. O casi nada. Tal vez hoy sería más difícil cometer ciertos abusos o recurrir impunemente al uso de la violencia, pero aunque el *NO-DO* ya no nos atosigue con la inauguración diaria de un nuevo pantano, muchos pueblos quiijotescos son obligados a luchar cada día una fiera y desigual batalla contra los nuevos gigantes eólicos.

—Nos robaron media vida. Nos matamos a trabajar más de media vida para comprar las mejores tierras y un día nos dejaron sin nada y tuvimos que empezar de cero. Teníamos el dinero que habíamos ahorrado, pero la mayoría lo habíamos invertido en comprar campos. Y cuando hicieron el pantano, con lo que nos

¿Adónde fue el agua?

Llevo muchos años recorriendo el pantano de Ortigosa, viniendo a bañarme en sus aguas, frías y muy limpias, que en los días en los que no sopla el aire parecen un espejo donde se refleja la belleza de los montes y bosques a su alrededor. Todos los veranos disfrutamos de las pedaletas y piraguas del club náutico y pasamos largas tardes de pesca y risas entre amigos. Muchas veces he venido aquí, al puente sobre el río Alberco, y me he asomado a la barandilla para contemplar la grandiosidad del embalse. Pero nunca, nunca lo había visto como hoy.

Después de un verano especialmente seco, aquí el agua ha desaparecido por completo. El río ahí sigue. Pequeño, pero firme, dibujando el mismo cauce que, después de tanto tiempo, no ha olvidado. Pero el paisaje, siempre familiar, hoy, tan vacío, me parece inquietantemente extraño.

De la carretera, bajo al desértico lecho por un camino, aún con restos de su viejo empedrado, y me fijo como nunca antes en las cercas de piedra, esparcidas por la tierra, de antiguas piezas y huertas. Voy siguiendo el río, pisando una tierra dura y profundamente agrietada por el sol. De pronto, me paro ante dos grandes montículos que hasta ahora nunca había visto. Uno en cada orilla. No hay duda, son las cepas de un puente. Por todas partes, las piedras, que parecían estar ahí tiradas por simple casualidad, comienzan a dibujar figuras reconocibles. Perímetros. Me acerco y encuentro tejas. Miles de fragmentos de tejas. De pronto, como un espectro que se alza de su sepulcro, todo un pueblo comienza

a formarse a mi alrededor. Y según me acerco al agua estancada, que jamás vi tan lejana ni tan oscura, la tierra se reblandece y se convierte en fango. Un fango viscoso que parece cobrar vida, querer atraparme, como ha hecho con las casas, consumiéndolas y dando a todo el mismo y deprimente tono parduzco.

¿Qué es este lugar y por qué nunca nadie me ha hablado de él?

I

ME QUEDA LA PALABRA

Si he perdido la vida, el tiempo, todo
lo que tiré, como un anillo, al agua,
si he perdido la voz en la maleza,
me queda la palabra.

Si he sufrido la sed, el hambre, todo
lo que era mío y resultó ser nada,
si he segado las sombras en silencio,
me queda la palabra.

Si abrí los ojos para ver el rostro
puro y terrible de mi patria,
si abrí los labios hasta desgarrármelos,
me queda la palabra.

BLAS DE OTERO,
En el principio

Cuando pregunté en Ortigosa, buscando quien me pudiese hablar de aquel lugar sobrecogedor que acababa de recorrer en el pantano, lo tuvieron claro. «Tienes que conocer a las Armas. Nacieron allí. Son hermanas y viven juntas. Son muy majas y se acuerdan de todo. Toma, apunta su teléfono».

En aquel momento, no era consciente de la suerte que estaba teniendo.

Victoria y Beatriz. Beatriz y Victoria. Sus ojos han visto más de noventa primaveras. Con sus veranos, sus otoños y sus inviernos. Y, sin embargo, brillan con una luz especial. La luz de quienes, en el fondo, nunca han dejado de ser niñas. Las mismas niñas que una vez vivieron en un mundo que, a pesar de la precariedad y las privaciones de aquellos tiempos, para ellas nunca dejó de ser maravilloso. Un mundo duro, sin lujos, pero idílico. Familiar. Feliz. Un mundo que les arrebataron.

—Éramos ocho hermanos: Anselma, Eustaquio, Juli, Victoria, Beatriz, Carmen, Eusebio y Adolfo. Todos somos nacidos en Ortigosa. ¡Casi todos en el molino!

—Mi hermana Anselma siempre me decía: «Yo te puse el nombre a ti. ¿No te gusta, Beatriz? Pues te lo puse yo».

—Mi padre, Eusebio Armas, era de Anguiano. Y mi madre, Faustina García, también, los dos de Anguiano. A mi madre se le murieron sus padres y una tía que tenía, que era la boticaria en Ortigosa, se la llevó con quince años o así y se crio allí.

—Por eso, a mi madre en Ortigosa le llamaban la Boticaria.

—¡Mi padre fue danzador en Anguiano! Se dedicaba al trato. Era un tratante de los de entonces. Tenía vacas, unos caballos muy bonitos... Y venía por aquí a vender. Se casó con mi madre

y compraron una casa en Los Molinos. Pero nunca he vivido en ella, solo en el molino.

Cuando les llamé, me invitaron a su casa, en Logroño, esa misma tarde. Una tarde otoñal y fría, de anochecer temprano. Nada más llegar, acomodándome en su cocina, junto al fuego, viví esa sensación que nunca se olvida. La que se siente al entrar, de niño, en la casa de los abuelos. Me miraban con curiosidad, queriendo saber qué esperaba de ellas, pero sin ocultar su ilusión por que alguien quisiera escuchar su historia. Porque, mientras hablan, con sus palabras dibujan y dan color al paisaje. Sus recuerdos son frescos, precisos. Casi nunca dudan. Una y otra se explican y se replican. Las imágenes del pasado se muestran ante ellas con total nitidez. La casa donde nacieron, donde fueron felices, sigue tan viva como siempre. Como si nunca se hubiesen ido.

Porque, además, su casa no era una más. Victoria y Beatriz nacieron en un antiguo molino, en mitad de un hermoso valle de campos, fincas y choperas, surcado y regado por arroyos y ríos capaces de mover las poderosas maquinarias construidas en sus orillas. Escuchándolas, uno puede imaginar su movimiento, oír el agua al saltar por el canal y el roce rítmico de las piedras, incluso sentir el olor de la harina recién molida.

Hoy, ese molino seguirá existiendo, habitado por las truchas o convertido en un triste montón de piedras, casi en el centro mismo del pantano.

—¡Aquel sitio era tan bonito para tener animales y de todo...! Mi padre tenía muchas vacas. Tenía siempre un pastor para él solo, para sacar a las vacas y todo. Mi padre tenía mucha ganadería, muchos caballos... ¡Nos gustaba mucho montar a caballo! A nosotras nos tenía mi padre un caballo que era pequeñito para que aprenderíamos a montar desde siempre.

—Le decían el molino de Armas, pero mi padre no era el dueño. El propietario era don Melchor Vicente o esa familia, que conste. Fue un maestro que estuvo en Ortigosa y era muy aficionado



La última foto de la familia Armas y la familia de Joaquín Marzo con Melchor Vicente junto al molino. Beatriz es la niña que está sentada en el suelo, a la izquierda. Victoria, con vestido de lunares, a la derecha. 1945. Archivo de la familia Armas.

a coger cositas, piedras... ¡Tenía un museo! A mi padre lo quería mucho. Sus hijos serían casi como mi padre y lo trataban muy bien, han sido amigos siempre, nunca han discutido por nada.

—Donde vivíamos nosotros aquello era precioso. Con dos ríos, chico, es que estaba... Era muy bonito.

—¡Mi madre se daba unos paseos por la orilla del río, por si faltaba algún hijo...! «En cuanto faltabais alguno, hijos, yo corría río arriba...». A ver si se había caído al río. Nunca nos pasó nada, desde luego.

—Era grande la casa. Tenía las corralizas, tenía un cobertizo grande... Luego la casa, con unos balcones a la calle. Los árboles. Y luego había un patio grande, grande, grande: el sereno, allí estaban las vacas por la noche, en verano, las que no ordeñaban. Luego la cuadra, que era grande también. Y el pajar encima. Había un río, pasaba todo el río por detrás de mi casa.

EPÍLOGO

Cuando, hace poco más de seis meses, contemplaba ignorante desde este mismo puente el lecho seco del pantano, mirando sin saber ver, no imaginaba lo mucho que iba a significar en mi vida. Nunca hubiese podido calcular cuánto sufrimiento esconde el agua en sus profundidades, camuflándolo bajo el espejo que nos devuelve un paisaje increíblemente hermoso. Ni jamás hubiese esperado escuchar tantas voces que el agua ahoga con su suave y relajante murmullo.

Ahora que las he oído, volveré. Volveré para recrear ante mis ojos el mundo que ahora, por fin, conozco. Y para ver en él a Eusebio, Faustina y sus hijos escuchando a Joaquín cantar jotas. A las Pinariegas y a Santos en la ermita. A la tía Tiburcia, de nuevo con su marido y sus hijos. A Clara, Lucio, Jacinto y Vicenta. A Ángel y Saturnina y a los hermanos Crespo arrastrando madera con sus yuntas. A los Echaleguindas vendiendo sus escobas. A Agapito serrando tablas. A Pedro y Pilar en la molienda. A Manolo con su madre y su abuela. A Eduviges rodeada de sus nietos. A Esteban con su coche. A Manolo y Carmen en la fiesta. Al tío Canuto dando la hora a las niñas y niños que suben juntos a la escuela. A Zacarías, Irene, los Herrero y las demás obreras y obreros de las fábricas tendiendo la lana al sol. Al tío Salva, Isidoro y los demás labradores trabajando la tierra. Y a todos los que, antes que ellos, creyeron un día que en este pequeño rincón de la sierra de Cameros podrían ser felices y crear con esfuerzo su futuro.

AGRADECIMIENTOS

A todas las familias que me han abierto las puertas de sus casas y confiado sus recuerdos y los de sus padres y abuelos. Gracias infinitas por hacerme sentir uno más entre vosotros y por vuestra confianza. De corazón, mi mayor agradecimiento a las familias Armas, Martínez Romera, López Sánchez, Crespo, Ramírez y Álvarez, Elías, Viguera, Diez, Moreno Torres, Rubio, Pinillos, Sáez y Martínez, Fernández San Miguel, Gómez Sáenz, Herrero Moreno y García Abeytua.

A quienes me han ayudado en la enorme tarea de contactar con los antiguos habitantes de Los Molinos y conseguir la mayor documentación posible. De una manera especial a María Pilar Cariñanos, María Malo, María Jesús Romero, Daniel Maza, Antonio Tejero, Conchi Aquesolo, Enrique Cabezón y Jesús Vicente Aguirre.

A las personas que forman el Ayuntamiento de Ortigosa, la Unión Tertulia Ortigosana, el Archivo Histórico Provincial de La Rioja, el Archivo de la Confederación Hidrográfica del Ebro y el Instituto de Estudios Riojanos, por su amabilidad, su gran disposición y su enorme ayuda en la documentación histórica y gráfica de este proyecto.

A todas las personas que, sin ser descendientes de Los Molinos, se han puesto en contacto conmigo para animarme, mostrarme su apoyo y ofrecerse a ayudar en todo lo posible.

Y, por supuesto, a todo el pueblo de Ortigosa por hacerme sentir uno más entre ellos.

Ojalá todos los que vivimos en esta tierra siempre nos sintamos hermanos. Por encima de todo, ¡siempre cameranos!